



IR Á LA ESCUELA.

Si los niños pudieran comprender, en su tierna edad, cuán útil, cuán necesario es ir á la escuela, es seguro que siempre les habia de causar alegría oír la hora de ir á la escuela.

Ir á la escuela es ir á asegurar el porvenir, á saber, á tomar afición al estudio y al trabajo, es ir á precaverse del mayor peligro, del mas terrible mal, de la desgracia mas irremediable en que puede caer el hombre; este peligro, este mal, esta desgracia es la ociosidad.

Como los niños no pueden persuadirse, en sus tiernos años, de esta gran verdad, hay muchos que repugnan ir á la escuela, que consideran horas de martirio las que pasan en la escuela, y que de mejor gana se estarían en casa haciendo diabluras, jugando con otros niños y perdiendo el tiempo lastimosamente; pero sus padres deben ser con ellos inexorables en este punto.

Si el niño llora, si hay el mas leve pretesto, ya deja de ir el niño aquel dia á la escuela, si son sus padres débiles y complacientes, y esto que sucede un dia y otro y otro, representa al

cabo del año una suma considerable de dias perdidos, de dias en que el niño no ha aprendido nada, y por el contrario, ha hecho acaso travesuras que no habria tenido tiempo de hacer, si hubiese estado en la escuela.

Gran responsabilidad contraen los padres que por indolencia ó debilidad y mal entendida tolerancia, no obligan á los niños á ir todos, todos los dias á la escuela.

¿No es una vergüenza encontrar alguna vez un niño que á los seis ó siete años todavía no sabe leer?.. Pues algunos de estos casos lamentables se encuentran, y ¡triste es decirlo! se encuentran, no solo en las clases menos ilustradas, si no tambien en las familias de la clase media y aun de la clase alta.

Desde la mas tierna edad se debe acostumbrar á los niños al estudio, no con tal rigor que se debilite su salud, no; pero en la medida y en la forma convenientes y razonables.

A vosotras, honradas mujeres del pueblo, amantísimas madres de familia, nunca os encareceré bastante la

necesidad, la conveniencia de que vuestros hijos vayan á la escuela, á la escuela católica, donde les enseñen no solo las primeras letras, sino la moral cristiana, las máximas de nuestra santa religion.

Vosotras quisiérais que vuestros hijos tuvieran un gran porvenir, que fueran muy útiles á la sociedad, que ocupasen honoríficos puestos, que ilustrasen y diesen honor al nombre de sus padres honrados trabajadores.



Pues el primer paso para que lo consigais es enviar á la escuela á vuestros hijos; sin ir á la escuela, vuestros hijos no podrán, siendo hombres, hacer otra cosa que dedicarse á un oficio mecánico, á un oficio para el que no se

necesite inteligencia, sino paciencia y fuerza.

Todos los oficios son honrosos, y en todos ellos se puede ser hombre de bien y digno del aprecio de la sociedad; pero el que sabe leer, el que sabe escri-

bir y contar, siempre tendrá una gran ventaja sobre el que todo eso lo ignora, y esa ventaja le valdrá mucho, aun en el oficio mas humilde.

Si se repasan las páginas biográficas de muchos de nuestros grandes hombres, de aquellos que vivieron dando honra y gloria á su pátria y á la humanidad entera, se verá que muchos fueron hijos de humildísimos padres, tan humildes y tan pobres, que hasta de lo más preciso carecian; pero de lo que no carecian era de prevision, de celo y afan por el porvenir de sus hijos, toda vez que les hicieron ir á la escuela, para que ya que habian de heredar de sus padres la pobreza, no heredasen tambien la ignorancia, que es la mayor, la mas irremediable pobreza.

Si esos que luego fueron grandes hombres, honor de su pais, hubiesen tenido padres descuidados, si no hubiesen ido á la escuela, acaso habrian vivido en la oscuridad y en la miseria.

La escuela es la base de la educacion, de la virtud, del trabajo.

Que se convenzan de esta gran verdad todos los padres de familia, lo mismo los de las capitales que los de las mas ignoradas aldeas, y que los gobiernos protejan, ayuden, estimulen, premien á los buenos maestros de instruccion primaria, y otra cosa será, andando el tiempo, la suerte del país, otro el concepto que alcance en las naciones europeas, por su instruccion y su moralidad.

N. S. P. Pío IX.

En lo más denso de esta noche de errores que envuelve á las inteligencias débiles cuando se creen inundadas por la brillante luz del sol de la civilizacion; en lo más rudo de la deshecha tempestad social que amenaza hundir en el abismo del caos las instituciones venerandas del tiempo pasado; en la degeneracion casi completa de los caracteres, por la cual siempre está próxima, aun de los que se reputan severos, una transaccion con el mal; se dejan ver una espléndida luz, que es la fé, un puerto sagrado, que es la Iglesia Católica, un hombre sin semejante en nuestro siglo, que es el insigne Pío IX, depositario de la primera y Pastor Pontífice de la segunda.

Nada importa que la indiferencia, la heregía, la impiedad y el ateismo pro-

palen sus tenebrosas doctrinas, porque la Verdad infalible hablará por la boca del Vicario de Jesucristo en la tierra; y sobre toda la haz de ella se desvanecerán las sombras como oscuras nubes ante la luz del sol resplandeciente. Nada importa que las tribulaciones asalten cual olas embravecidas la familia cristiana y la sociedad de que forma parte, pues nunca ha de faltarle el calor del seno de su Santa Madre donde podrá esperar dias de ménos amarguras, aun en mitad de esta tierra de transicion. Nada importa por fin que los reyes, sábios y guerreros del siglo dobleguen la cerviz ante sus leyes tiránicas y pacten con el espíritu del mal hasta dónde han de llegar los confines de la moral y del derecho, porque un hombre anciano, desprovisto de la

fuerza que siembra de cadáveres los campos de batalla, ha de reinar siempre sobre los corazones, siendo más fuerte que el vencedor cuando, después de vencido en la apariencia, exclame á sus exigencias sacrílegas: *¡Non possumus!*

Todas estas grandezas, todos estos



infortunios se hallan hoy como resumidos y simbolizados en el anciano de que os hablaba, en el varon insigne y santo que tocando á los límites de su vida mortal, donde con lágrimas ha comido su pan, llega á los umbrales de la verdadera inmortalidad para gozar en ella de júbilo perdurable.

¿Sabeis quién es ese hombre superior, ese privilegiado sér, única gloria inmaculada del orgulloso siglo décimo nono?—Es el Jefe visible de la Iglesia de Cristo, el Padre comun de los fieles; el sucesor de San Pedro, ¡PIO IX!

Vosotros, tiernos niños, que llegais á este lugar de combate y valle de lágrimas, teniendo á vuestro frente un porvenir dilatado como el más extenso horizonte, vosotros vereis quizá, por la misericordia de Dios, colocado sobre los altares y ceñido con la aureola de la santidad, al que hoy camina de tal modo de amargura en amargura, de persecucion en persecucion, que no parece sino que con su amada grey vuelve á encerrarse en las catacumbas. Su larga vida, fecunda en virtudes, sólo puede tener por recompensa una corona, tal vez ¡ay! la del martirio.

Echad conmigo una rápida y somera ojeada sobre esa trabajada y gloriosa existencia, y vereis cómo despues amais al hombre, respetais al monarca, venerais al Pontífice.

Cuando la sangrienta revolucion del pasado siglo, hija póstuma del protestantismo abominable, atronaba el mundo con el rumor de sus horrores, Dios suscitaba en Sinigaglia, ciudad del ducado de Urbino en Italia, un inocente niño, que medio siglo despues, hombre venerable, habia de admirar al mundo continuando la série de doscientos cincuenta y ocho Papas, que comenzó en el Apóstol San Pedro. Era el 13 de Mayo de 1792, fecha consoladora en medio de tantas efemérides de desolacion. Juan María Mastai Ferretti, hijo y heredero de los ilustres condes de este título, principiaba su noble cuanto azarosa peregrinacion.

Pasó los primeros once años de su

vida recibiendo la más selecta educacion infantil bajo los auspicios de su piadosa madre, que con palabra y ejemplo ilustraba su inteligencia y sembraba virtudes en su corazon.

La necesidad de estudiar humanidades hizo menester que pasase en la edad expresada al seminario de Volterra, excelente establecimiento que á la sazón dirigian dos maestros eminentes, Orcelli y Bacci, eclesiástico además este último de erudicion muy vasta. Allí demostró durante seis años entendimiento clarísimo que le hizo sobresalir en matemáticas y bellas letras, á la vez que enérgico y elevado carácter que le conquistó la estimacion y respeto de sus condiscípulos.

Pero una faz bien diversa aguardaba á su vida juvenil. Formó el gran caudillo Napoleon I una escogida guardia de honor en 1811, y á ella llevaron al jóven Mastai los acontecimientos por una parte, á la par que por otra el ardor generoso de los pocos años. Ingresó en el regimiento establecido con el contingente italiano, mas en vano así lo hizo: poco tiempo despues le apartaron de aquel camino los ataques de epilepsia que padecia, de tal modo, que aunque á los dos años de esto quiso pertenecer á los guardias nobles por defender la venerable persona del ilustre Pio VII, tambien hubo de renunciar á tal propósito, y para siempre á las armas, por su falta grave de salud.

Volvió entonces los ojos de su espíritu y el fuego de su corazon á lo que en realidad era su vocacion divina: el sacerdocio. Preparado con la práctica de frecuentes y sublimes actos de caridad para con los desvalidos y menesterosos, á los cuales consagraba el más vivo interés, se dedicó ardorosa-

mente al estudio de la teología bajo la dirección del padre Graziosi. Progresando en ella, y aliviado de su dolencia, recibió las órdenes menores, y por último las mayores y el presbiterado, aunque con la condición de que había de celebrar el santo sacrificio acompañado de otro sacerdote. Esta condición cesó al poco, pues habiendo solicitado su dispensa del venerable Pio VII, que le distinguía y amaba, vió satisfecho su deseo; siendo de notar que cuando el joven presbítero, arrodillado ante el Pontífice, obtenía esta gracia, el augusto anciano le predecía que en adelante se vería libre de la terrible enfermedad que le aquejaba, lo cual hasta el presente ha tenido cumplimiento.

Entonces comenzó á dilatarse su carrera apostólica. Nombrado en 1823 canónigo supernumerario de Santa María *in Lata*, y además agregado para acompañar al Nuncio que marchaba á Chile, empezó al llegar á aquellas lejanas comarcas á predicar la divina palabra y á derramar sobre los pobres los tesoros de su inagotable caridad. Este fué el símbolo de su vida. Toda ella se resume en la propagación de la verdad y en la práctica del bien. Estas cualidades le valieron la prelatura al volver á Roma, el arzobispado de Spoleto

en 1827, dado por el gran Leon XII, el de Ímola en 1832 por Gregorio XVI, el capelo cardenalicio en 1840, y por último la tiara en 1846. Los grandes premios de su gloriosa carrera consagrada al bien de los demás, tanto en el orden material como en el espiritual, han sido conquistados por sus virtudes extraordinarias.

Desde que el cardenal Mastai ciñó su triple corona y adoptó el egregio y adecuado nombre de Pio IX, empezó á dibujarse en su mirada la luz de un alma santa. Sus gloriosos actos como Rey y como Papa sólo merecen admiración. La historia guardará su nombre inscrito en las excelsas páginas de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen, y de la Infalibilidad del Romano Pontífice, á la vez que en la canonización de muchos santos mártires y confesores, y en la celebración del Concilio ecuménico del Vaticano.

¿Qué ha recibido en pago? La persecución y el despojo. Como su Divino Maestro, ha visto á los inícuos repartirse sus vestiduras.

¡Ojalá alcance la corona de la inmortalidad, como ardientemente pedimos los que le veneramos de rodillas!

ANTONIO ARMAO.

EL NIÑO GLOTON.

Andresillo es hermoso como un ramo de claveles.

Su génio es por demás angelical; pero su glotonería es tanta, que doña Mónica, respetable señora que frisa en los cuarenta, y que sin haber sido nunca hermosa fué un tanto agraciada en

su juventud, pero hoy es una masa informe de carne, no hace más que exclamar á todas horas:

—¡Ay Andresillo! vas á reventar; el día menos pensado dicen:—Aquí vivió Andresillo, por aquí pasó Andresillo, pero el pobre ha muerto atragantado.

El niño, sin embargo, hace poco ó ningun caso de estas exclamaciones que ponen á la mofletuda de su madre como manojos de amapolas, y come á dos carrillos y traga con afán cuanto le presentan.

Andresillo tiene muchos amigos que como la generalidad de los niños, se desviven por contar con un gran número de juguetes. Gracias á la fortuna de su padre, él podia aventajar á muchos de ellos, pero la glotonería le induce á desposeerse de la mayor parte y hasta de los mas lindos.

A trueque de un bollo, dá Andresito un ferro-carril de máquina, y por media manzana, se deshace de un *polichinela* encantador y picaresco que le compró su abuela en las últimas Ferias.

Para él no hay mayor deleite que estar comiendo todo el dia, y trezadas las piernas á lo turco, tirada atrás la gorra como los beodos, y sin fijarse en nada mas que en la comida, lo mismo en la *Plaza de Oriente* que en *Recoletos* y en el *Prado*, mientras los otros niños corren, saltan, pasean ó se entretienen en juegos de ingenio, él traga y engulle de todos modos y cuanto alcanza.

Su aspecto es de continuo desaseado, y muchas veces nauseabundo.

Lejos de inspirar simpatías, dote común á todos los niños, su vista causa cierta repugnancia y un sentimiento de tristeza indefinible.

Si pretendéis averiguar adónde alcanza su ingenio, os cansáis en vano.

Todo cuanto sabe es lo que produce mejor efecto al paladar, si el bollo común ó las mantecadas de Astorga.

En el arte culinario, no es inteligente, pero tiene voto.

Si le confiasen la dirección de una

gran mesa, es natural que se viese apurado; pero en cambio, puede dar á cualquiera una gran lista de platos, cada uno de los cuales animaria al mas inapetente.

Si buscáis un niño bello, elegante, espiritual, un niño encantador, como lo son generalmente todos, cerrad los ojos cuando os digan que viene Andresillo, porque aunque digo al principio que es hermoso como un ramo de claveles, eso es visto de lejos, y aunque su genio es por demás angelical, á poco que le trateis os parecerá empalagoso y repugnante.

Doña Mónica, su buena madre, hace bien en desesperarse, porque el niño gloton tiene mucho camino hecho para ser un hombre desgraciado.

La glotonería, entumeciendo el cuerpo, enerva las facultades del alma, y el niño gloton, todo materia, se imposibilita para que la instrucción y una educación esmerada puedan hacer de él con el tiempo un ser útil á la sociedad y á sí mismo.

No pensando mas que en satisfacer su apetito, se va haciendo egoísta, y siempre apegado á los goces materiales, no tiene tiempo para prepararse á gozar las dulces sensaciones que alientan, confortan y forman, digámoslo así, el alma de los jóvenes, disponiéndola á que con el tiempo sea un acabado modelo donde florezcan toda clase de virtudes.

El niño gloton es, digámoslo de una vez, un ser desgraciado, que en peligro constante de sufrir las malas consecuencias de la glotonería, que tiene muchas para el cuerpo, al que de ordinario arrebatada la salud, no está nunca dispuesto á prepararse á entrar en el camino de la perfección, que es el

constante anhelo de los niños, cuyo bello ideal debe ser siempre poder llegar cuanto antes á ser útiles á la sociedad, á sus familias y á sí mismos.

A. ROVIRA Y AGUILAR.

VIAJE AL PAÍS DE LA GRAMÁTICA

POR

JUAN MACÉ.

(CONTINUACION.)

El mágico tomó en este momento la palabra, y dijo al niño:

—¿No es verdad que tiene razon el señor Pronombre? Apostaria cualquier cosa á que ahora mismo te se están pasando ganas de preguntar alguna cosa. Esto es muy natural; la edad de preguntar es aquella en que nada se sabe. ¡Ojalá que todos los hombres, mientras ignorasen algo, tuvieran esa misma costumbre! Una cosa debes tener siempre en la memoria, y es que no hay persona que lo sepa todo, y por consiguiente, cuando al dirigir á alguien una pregunta advirtieses cierto embarazo para contestarte, no debes insistir en tu pregunta, pues lo que en tí era deseo de aprender, puede convertirse en indiscrecion si sirve para poner de manifiesto la ignorancia de la persona á quien te diriges.

—Procuraré no olvidarlo, respondió el niño.

—Hablaré ahora, continuó el Pronombre, de la última especie de mis servidores, llamados pronombres indeterminados por lo vago de su significacion, pues nunca se refieren á determinada cosa ó persona. Estos son *alguien*, *nadie*, y en ocasiones *uno*, *alguno* y *ninguno*.

—Yo creí, dijo el niño, que esas palabras fueran mas bien adjetivos.

—En realidad son una y otra cosa, ó mas bien ninguna de ellas. Su significacion depende, mas que de otra cosa, del lugar que ocupan en la oracion ó concepto. «*Nadie* diga de esta agua no beberé.» — «En *alguien* ha de estar la prudencia.» — «No siempre está *uno* de humor para eso,» son locuciones que pueden darte una idea del empleo que suele darse á estos pronombres.

Tambien suelen en ocasiones ser indeterminados *quien*, *tal* y *cual*, como cuando se dice: — «*Quien* dijere lo contrario miente.» — «Solo ví allí á *tal* ó *cual* persona decente.»

—De todos estos pronombres, que en realidad no lo son, dijo el mágico, á uno solo quisiera yo que pudiera conocer este niño personalmente, por ser una palabra insignificante al parecer en la conversacion, que por lo general pasa desapercibida, pero que en solo dos letras dice mas de lo que en ocasiones pueden expresar largos discursos.

—Ya sé á quien V. se refiere, dijo el Pronombre sonriendo, quiere V. sin duda hablar del pequeño *Se*, que es una de las mas pequeñas y de las mas

grandes palabras del diccionario, que parece pronombre y en realidad es una modificación del verbo. Mucho me extraña no verle por aquí, pues por lo general en todas partes *Se* le encuentra.

No había acabado el Pronombre de pronunciar estas palabras cuando se oyó un débil silbido al través del agujero de la cerradura, por donde penetró, rápido como el aire, un hombrecillo diminuto, casi imperceptible, que vino á caer de pié cerca de la puerta de la habitación, y luego con paso medurado se encaminó hácia el sofá en que se hallaban sentados nuestros interlocutores. A cada paso que daba crecía desmesuradamente en proporciones, tanto, que cuando llegó cerca de donde el niño estaba, su cabeza tocaba ya en el techo, á pesar de que este era muy elevado.

No podía divisarse su rostro, cubierto con una careta, ni se distinguían las formas de su cuerpo, que estaba vestido con un ropaje talar de pliegues flotantes; bajo los cuales nada se perfilaba.

El niño preguntó con cierta intranquilidad:

—¿Qué es esto?

—No te asustes, contestó el Pronombre; es el caballero *Se*, que viene á saludarte, y que siempre llega como ahora, sin que se le llame.

—Vamos, es preciso tener un poco de valor, dijo el mágico riendo; hé aquí que el amigo *Se* te alarga la mano: es necesario que correspondas á su amistosa invitación.

En efecto; una mano gigantesca, que parecía capaz de levantar un castillo en el aire, se adelantaba hácia el niño. Éste, lleno ya de confianza, se lanzó

hácia aquella mano y quiso apoyarse en ella; pero en el momento en que creía tocarla, la gigantesca mano había desaparecido, y el niño, al no encontrar punto de apoyo, estuvo muy cerca de dar consigo en el suelo.

El mágico le sostuvo, y le dijo:

—Esto te enseñará á no apoyarte sino con prevención en el caballero *Se*. Es un apoyo que siempre suele faltar. Este extraño personaje tiene aire de parecerse á todo el mundo, y cuando se le quiere echar mano sucede por lo general que no se encuentra á nadie. Entre *cualquiera* y *se*, no debes nunca vacilar. *Cualquiera* siempre es una persona, *se* la mayor parte de las veces no es nadie. «*Alguien dice, hay quien dice,*» es una frase que siempre responde de alguna persona por anónima que sea. «*Se dice*» es una frase de la que no responde nadie.

El gigante tomó sin duda á mal esta irreverencia y dejó oír un gruñido sordo, mientras que con el puño cerrado amenazaba al mágico, que acababa de tratarle con tan poca cortesía.

—¡Ah bribon! exclamó el mágico, riendo al mismo tiempo; déjame ver tu rostro y tu figura si quieres que te tenga miedo.

Adelantóse entonces hácia el gigante que empezó á retroceder disminuyendo de cuerpo lo mismo que había crecido, hasta que llegando á la puerta apenas era ya un hombre microscópico, y abalanzándose hácia la cerradura, se escapó por el agujero de la llave por donde había entrado.

—Hé aquí al verdadero enano de la venta, dijo el mágico: no es malo si no con aquellos que se asustan de su formidable voz.

—Sin embargo, dijo la mamá, V. no

querrá decir con eso que debe despreciar á la opinion.

—De ningun modo; el *se dice* no es la opinion, señora. El uno combate con careta y la otra con el rostro descubierto. Solo en el caso de que lo exija el cumplimiento de un deber puede menospreciarse la opinion pública. Pero ese miserable Indefinido, que no tiene ni forma, ni estatura, ni facciones conocidas, y á quien cada uno reviste y engrandece á gusto de su fantasía, ese magistrado anónimo que juzga entre las tinieblas y jamás dá la cara, solo es digno de desprecio.

—Podrán Vds. decirme, preguntó el Pronombre, ¿qué tiene todo eso que ver con el asunto que tratábamos?

—Es que las palabras son lo mismo que las monedas: la cuestion de su valor es en ellas la mas importante, y puesto que teneis á *Se* á vuestras órdenes, bien puede formársele un proceso en vuestra casa.

—Dejemos ya al pobre *Se*, dijo la mamá; ya sabemos que no tiene mas valor que el que se le dá al ocuparse de él. ¿No tiene V. ninguna otra cosa de interés que decirnos, señor Pronombre?

Pero éste habia ya desaparecido, y su casa se habia desvanecido tambien como se desvanece la nieve. Nuestros viajeros se encontraron solos en medio del campo.

—Ya estamos completamente solos, amigo mio, dijo la mamá. ¿No piensa usted lo mismo que yo, señor maestro, y no le parece á V. que toda esta fantasmagoría concluirá por hacérsenos mas pesada y enojosa que la misma gramática, si la seguimos hasta el último extremo? Propongo que hagamos un alto en nuestro viaje y que V. nos

describa lo que nos falta que ver en este país en lugar de llevarnos á recorrerlo paso á paso. ¿Qué dice V. de esto?

—De muy buena gana, respondió el mágico. Precisamente íbamos á tomar ahora el camino que conduce al castillo del Verbo, el cual puede V. descubrir desde aquí en la cima de aquella montaña. La subida es áspera y fatigosa, y tal vez nos costaria trabajo el recorrer el intrincado laberinto de pasillos, corredores y habitaciones de ese inmenso castillo. Sentémonos descansadamente sobre la yerba, y yo procuraré hacerme profesor de Gramática por complacer á V. y dar á este niño la instruccion mas precisa para que comprenda los principios elementales de esta ciencia. Lo que podrá suceder será que oyéndome se duerma; en ese caso usted me lo advertirá, y suspenderé mi narracion.

—No señor, pierda V. cuidado, dijo el niño; le escucho con la mayor atencion, pues conozco cuánto me interesa saber los rudimentos de la Gramática para poder hablar de una manera correcta y elegante.

—Y además, para hacer que tus palabras expresen clara y terminantemente las ideas que te propongas enunciar.

NOTA. El autor francés Juan Macé, que en una Revista periódica de la misma indole que la nuestra publica este agradable é instructivo Viaje, no ha dado todavía á luz mas que la parte que llevamos traducida, arreglándola á las condiciones de la Gramática española. Nos vemos, pues, obligados á suspender la publicacion de este Viaje, que continuaremos tan pronto como recibamos el original. No sabemos cuándo podrá terminar su trabajo el sábio Mr. Macé. El periódico francés está suspendido con motivo de la guerra, cuya terminacion deseamos todos.



DAR DE COMER AL HAMBRIENTO.

Esta es, niños queridos, una de las obras de misericordia que nunca debeis olvidar.

Si la suerte os ha colocado en buena y desahogada posicion, considerad que hay muchas criaturas desvalidas que no tienen mas bien en el mundo que la caridad de sus hermanos buenos.

Esos niños que veis en la bonita viñeta que encabeza estas líneas, tienen una buena madre que les ha

acostumbrado á hacer todos los dias una obra de caridad. Son ricos, muy ricos, viven en un palacio, pero no se desdennan de salir ellos mismos á la puerta, donde les esperan los pobres que ya los conocen, y de servirles buenos alimentos.

Esta costumbre no la abandonarán ya jamás, y toda su vida practicarán las obras de caridad, humildes, afables, cariñosos, tratando á los pobres

como á hermanos, y siendo bendecidos por estos constantemente.

No olvidéis, niños, que el hombre que es caritativo, que es sensible al infortunio ajeno, no puede ser malo jamás, no puede jamás cometer una acción inícuca, y sobre todo, que la virtud que mas valor tiene á los ojos de Dios es el amor al prójimo, como que esa santa virtud fué la que llevó á Nuestro Señor Jesucristo á morir en una cruz por redimir á los hombres.

Si supiérais, queridos niños, cuántos seres hay en el mundo que comen poco, de tarde en tarde, y lo que comen no es bueno, no es sano!..

Cuando vosotros os veais sentados delante de la bendecida mesa de vuestros padres, llena de excelentes manjares, de sabrosísimas frutas, de exquisitos dulces, acordaos de tantos pobres que no habrán comido ó que habrán comido solamente un pedazo de pan

duro y amargo; y si conoceis á alguno, si sabeis donde hay alguno en esa situacion, dejadle algo de lo vuestro, y no solo le dareis una alegría muy grande, sino que tambien vosotros la tendreis viendo animarse su semblante, brillar sus ojos, y oyendo cómo os bendice por vuestra buena accion.

Los ricos, hijos míos, son los tutores, los protectores naturales de los pobres; este es el grato privilegio que tiene la fortuna.

Considerad, niños, cuando os levanteis de la mesa, cuánto debeis á Dios que os ha dado medios de satisfacer vuestras necesidades y comparad vuestra situacion con la del pobre que, sin hogar, sin abrigo, sin fuerzas para trabajar, marcha á la ventura, sintiendo ese horrible tormento que se llama el hambre, y sin saber adónde dirigirse en demanda de lo que haya sobrado, de lo que nadie quiera.

CANTO MATUTINO.

Tú que entre fúlgidas nubes
Elevas en triunfo el sol,
Fugaz y ténue centella
De tu eterno resplandor;
Mándame un rayo del fuego
Que al mundo vivificó,
Y la fé, del alma guia,
Crecerá en mi corazon.

Las aves con sus gorjeos,
La brisa con su rumor,
La tierra con sus grandezas,
El mar con su ronca voz,
Quieren modular tu nombre,
Tu nombre de bendicion,
Y en himno sin par te aclaman
Del universo Hacedor.

Todo en la noche gemia
Velado en denso crespon:
Ora plácido sonrie
Al matutino fulgor.
Así á la luz desde el cáos
Sacaste la Créacion,
Así de la tierra al cielo
Al justo lleva tu amor.

Por tu poder que dispone
Del castigo y del perdon,
Por tu clemencia de Padre,
Por tu majestad de Dios
Toda la naturaleza
Te tributa adoracion:
¡Deshágase el alma mia
Para siempre en tu loór!

A.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

La amistad es un amor que no se comunica por los sentidos.

La libertad no consiste en hacer lo que se quiere, sino en hacer lo que se debe.

La esperanza es el eslabon que nos une al cielo.

Los ignorantes son los negros de la casta blanca.

El amor a la patria es la ley de gravedad del alma.

Pese a la rivalidad, lo que brilla brilla.

El orden nace, la amargura se hace.

Las cosechas sembradas en la tierra se cosejan en el cielo.

D. de Campoamor

D. Ramon de Campoamor es un poeta galano y elegante, un profundo filósofo, un escritor discretísimo, y su estilo es tan original, tan espontáneo, que no tiene imitadores. Tener estilo propio es una de las cualidades mas apreciables en un escritor: Fernan Caballero, Trueba, Zorrilla, Breton, Ta-

mayo y nuestro querido amigo Campoamor, serán siempre populares, siempre leídos, porque tienen esa condicion envidiable.

Campoamor es de aquellos escritores que no pueden negar lo que escriben; el estilo le denuncia.

Este insigne poeta ha dado nombre á unas composiciones de forma originalísima y encantadora, *Las Doloras*, poemitas cortos llenos de gracia unos, de amargura otros, filosóficos, amorosos, históricos, humorísticos, bellos y profundos todos, que vivirán largo tiempo en la historia literaria de nuestra pátria.

Entre sus obras merece especialísima mencion su poema en ocho jornadas intitulado *El Drama universal*, joya

de gran precio de la literatura contemporánea.

Ahora, conmovida su alma generosa ante el horrible espectáculo de la guerra de Francia y Prusia, ha escrito una *Dolora* dramática, que se titula *Guerra á la guerra*, y se representa con gran aplauso en el Teatro Español, arrancando lágrimas á los espectadores aquella tierna escena entre dos soldados que eran enemigos, y que, sin piés el uno y el otro sin manos, se unen fraternalmente para ayudarse y consolarse y pedir á Dios amparo y resignacion.

D. Ramon de Campoamor es individuo de número de la Real Academia española.

EL ARROYO.

Oscuro, ignorado,
Sin fama y sin nombre,
El manso arroyuelo
Los valles recorre.
Con bardos de mimbrés,
De juncos y flores,
Por únicas galas
Festona sus bordes.
Y cuando en los recios
Estivos ardores
Al bardo el viandante
Rendido se acoge,

Frescura le ofrecen
Con dádivas dobles
Sus aguas, sus brisas,
Su alfombra y su bosque.
¡Ay Dios! De los rios
No envidio los goces:
Si el cielo benigno
Mis súplicas oye,
Vivir quiero oscuro,
Pacífico, en donde
Sembrar pueda bienes
Y el mundo lo ignore.

JUAN P. DE GUZMAN.



Por la señal de la Santa Cruz...

LOS POBRES.

Amparito habia ido á llevar ropa á los niños pobres de la vecindad, y al volver dijo á su madre:

—Mamá, esos niños no merecen ser socorridos.

—¿Por qué, hija mia?

—Porque enseguida que les he dado los vestidos que les habia hecho, se han puesto á disputar. ¡Os aseguro

que son muy malos, pero muy malos.

—No, no lo creas, esos pobres no son mas que ignorantes. Es inútil buscar urbanidad en los que no han recibido ninguna especie de educacion. Es necesario sufrir sus groserías con paciencia, compadecerlos por eso tanto como por su miseria, y procurar su instruccion y su bienestar.